

LA INFLUENCIA AZTECA EN LA REPUBLICA MEXICANA

Por el ING. PASTOR ROUAIX.

En el número final del tomo XII (38 de la colección completa) de los Boletines de nuestra Benemérita Sociedad, aparecieron dos importantes trabajos de mi distinguido amigo, el Sr. Lic. Salvador Diego Fernández, en los que pone de manifiesto su devoción y su gratitud a la Madre España, sentimientos que serían dignos de loa y de caluroso encomio, si no estuvieran basados en un profundo desprecio para las razas aborígenes que poblaron nuestra patria en los tiempos pre-cortesianos. La tesis que desarrolla el primer artículo, cuyo título he plagiado para el mío, quedó condensada en uno de los párrafos finales, que a la letra dice: "De modo es, que ni por composición étnica, ni por costumbres, ni por ideales, puede decirse que la República Mexicana sea sucesora de la Monarquía Azteca", terminando la memoria de mi docto amigo con un llamamiento a la unión de los mexicanos, borrando de nuestro recuerdo la existencia del indio. Dice así: "Afirmar nuestro carácter español, único y definido gran elemento de nacionalidad que poseemos. Empezar otro camino es engañarse; buscar en lo indio nuestro vigor resulta torpe, porque de esa semi-cultura nada tenemos, ni nada nos puede valer, y el fomento de tales tendencias traerá como fruto antagonismos de raza en este país tan necesitado de armonía"

Desde que tuve la oportunidad de escuchar la disertación del Sr. Lic. Diego Fernández, consideré como un deber, presentar a nuestra Sociedad un trabajo en el que se reflejara la opinión contraria, para que los lectores de sus Memorias encuen-

tren otras ideas y otros principios, no como una protesta, ni como la iniciación de una controversia, sino solo como una constancia de que la tesis que se expone, está muy lejos de ser la opinión unánime de los mexicanos, que en abrumadora mayoría sienten latir su corazón a impulsos de la sangre india que corre por sus venas.

La composición étnica y social de nuestra nacionalidad es idéntica a la de muchos otros países del mundo. Pueblos aborígenes que se encontraban en los albores de la vida civilizada, en aquel escalón a que llegó el hombre después de siglos de sufrimiento, de lucha y de esfuerzo intelectual, que se clasifica por barbarie, y una raza de más alta cultura que los conquistó, dominó, civilizó y explotó por varias centurias, produciendo por su mezcla, una nación más en el concierto de la humanidad. Para comprender a nuestra patria actual, es indispensable estudiar el pasado de otros países, algunos de los cuales se encuentran ahora en la cúspide de la ilustración y la grandeza, y al comprender su idiosincrasia, sus ideales y los blasones en que cifran el orgullo de su abolengo, se podrán establecer conclusiones respecto al nuestro.

La conquista y dominación de un pueblo sobre otro, presenta cuatro variantes: La de dos naciones que se encuentran en el mismo plano de civilización, vencida la una por el poderío mayor de la otra; la de un pueblo bárbaro que subyuga a los habitantes de un país superior a él en ilustración y saber; la de nación civilizada sobre tribus salvajes, y la de una nación de alta cultura sobre pueblos bárbaros. El docto auditorio que me escucha conoce perfectamente que los resultados étnicos, sociales y políticos, que el transcurso de los tiempos produce en cada uno de estos casos, son totalmente diferentes.

Cuando dos naciones de igual cultura tienen que vivir en el mismo territorio, conquistadora la una, humillada la otra, los dos pueblos desarrollan las tendencias de su individualidad propia, sin que se doblegue el vencido por el terror, ni por la bondad, ni por las conveniencias. Considera siempre como extranjero y como tirano al Gobierno que se le impone, y él, a su vez, se siente víctima, vasallo y esclavo. El odio alimenta esta separación de razas y las constantes rebeliones animan y vivifican el patriotis-

mo, consagrando como heroes máximos a los compatriotas que perecen en motines o en combates. Tampoco el curso de los siglos debilita al vencido, por lo que al sacudir el yugo que lo oprime, brota nuevamente su nacionalidad, con la misma raza y con el mismo idioma que tuvo antes de su conquista.

Centenares de ejemplos nos ofrece la Historia. En la antigüedad es notable el caso de la Grecia, eminentemente culta, artista y sabia, que resistió la gran fuerza de asimilación del Imperio Romano, y la que después de dominación multi-secular volvió a la vida independiente con su raza y con su viejo idioma, a la inversa de la Galia, de la Iberia, y de sus vecinos los dacios, que se denominaban ya rumanos, que habían perdido totalmente su idioma y sus costumbres, transformándose en pueblos latinos.

Posteriormente citaremos la larga dominación morisca en la España, la turca en los Países Balcánicos, inclusa la Península Helénica, la austriaca en el Norte de Italia y en Checo-Eslovaquia, nación que acaba de surgir a la vida independiente con su viejo idioma y sus arcaicas costumbres; la del imperio Ruso sobre la triste Polonia y sobre la Finlandia, Estonia y Letonia, siendo inútil alargar más esta lista.

En todos los casos anteriores, la nación subyugada, solo encuentra al volver a la libertad, algunos cruzamientos raciales en su pueblo, algunas palabras extrañas en su idioma y ligera alteración en las costumbres de algunas de sus provincias; pero el alma nacional sale intacta, llena de energías y de ilusiones por la grandeza de su patria.

La conquista de un pueblo civilizado por nación bárbara, o de inferior cultura, ha producido siempre el fenómeno verdaderamente notable de ser absorbido el conquistador por el conquistado, sin que su paso deje mas huellas que ligero mestizaje; pequeña alteración en el idioma, por la adopción de palabras y giros nuevos, y el recuerdo histórico de glorias mútuas. El pueblo dominado, al asimilarse al conquistador, no conserva de él un recuerdo odioso; sino, por el contrario, se siente orgulloso con sus hazañas, reconoce como suyos a los caudillos que se le impusieron y glorifica a los héroes que de aquel brotaron. El conquistador rápidamente pierde su idioma, su religión y sus

costumbres, para disolver su individualidad en la masa que habita el país.

Ejemplos notables encontramos en todos los tiempos. Los francos al invadir la Galia Romana, los visigodos al dominar la Hispania, los longobardos en la Italia, aceptaron de plano la civilización latina, el idioma, la religión y las costumbres de los pueblos vencidos. Algo semejante aconteció en la vieja China con la dominación manchú y en nuestro país con las invasiones chichimecas.

Pasemos ahora a examinar los dos últimos tipos de conquistas que he indicado, que son los que tienen especial aplicación a nosotros. La dominación de un pueblo salvaje, formado por tribus errantes, sin residencia fija, sin cultivos agrícolas, sin industrias y sin una verdadera organización social, por naciones civilizadas, ha traído como resultado fatídicamente inevitable, la desaparición total de la raza aborígen, que se agota, lenta y constantemente, ya sea por las hecatombes que siguen a sus rebeldías; ya por los trabajos forzados a que se obliga a los prisioneros; ya por los vicios, que es lo único que adquieren de sus amos; pero, sobre todo, por la incontrastable ley de la naturaleza, de la supervivencia del más apto, del más fuerte y del más capaz.

La confirmación de estos hechos la encontramos en todas las colonizaciones antiguas o modernas de este tipo. Los indios apacibles y bondadosos de las Antillas, desaparecieron totalmente, pocos años después del arraigo de los españoles; como desaparecieron sin dejar huellas de sus tribus los indígenas de nuestros Estados del Norte, Durango, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, y los de Tejas, y la mayor parte de los que habitaron, Zacatecas, Chihuahua y San Luis Potosí. Un caso idéntico encontramos en todas aquellas regiones de la América del Sur, en donde la población española, si llegó a ser numerosa, tuvo que estar en contacto con hordas salvajes, como en las cuencas de los ríos Paraguay, Uruguay y el Plata, en el territorio chileno, y en varios otros lugares. Un ejemplo notable fué la rápida depoblación de las llanuras Norte-Americanas por la dominación inglesa y la francesa en el Canadá, y en épocas recientes es de gran elocuencia, la considerable reducción de los maorís de la Nueva Zelanda y de los negros de la Australia y la desaparición

total de los tasmanios, al contacto de la civilización británica. En todos estos casos, no es el sajón el que destruye, ni el español el que protege y conserva, como lo afirma el Sr. Lic. Diego Fernández, es la naturaleza la que obra de acuerdo con sus leyes inexorables, que están muy por encima de los sentimientos de crueldad o de filantropía de la humanidad.

En el extremo meridional del territorio de Durango, en el corazón de majestuoso hacinamiento de montañas, con barrancas fértiles, con clima sano, con productos espontáneos abundantes para dar sustento a numerosa población, quedó confinada una arcaica tribu de tepehuanes, último resto de la gran nación salvaje que pobló la Nueva Vizcaya. En los cien años de nuestra vida independiente, no han sufrido ninguna agresión de los blancos, ninguna invasión a sus lares; viven pacíficos y tranquilos al amparo de sus montañas, y sin embargo, su número se reduce de día en día, por corta fecundidad, por mortalidad infantil y por locales epidemias. No se cruzan ni se asimilan; no emigran ni combaten entre sí; solo el fatal destino obra sobre ellos y con dedo inexorable, les ha fijado un término próximo a sus días.

Las nacionalidades que resultan de una conquista, que más bien es una colonización, en países que ofrecieron estas características, quedan constituídas por un conglomerado humano de la raza exclusiva del conquistador. No hay en él mestizaje, porque el salvaje vive siempre hosco y retraído, sin aceptar tratos o acercamientos. Tampoco hay servidumbre que produzca interferencias de razas en los pobjados, porque el nómade, como el ave silvestre, muere en la cautividad. Nación típica como el resultado de una colonización de esta clase, son los Estados Unidos de Norte-América, constituídos por la raza blanca en toda su pureza, transportada principalmente de la vieja Inglaterra a las playas del Nuevo Mundo, sin tradiciones ni herencias que provengan del que ahora es su suelo patrio, pues solo el transcurso de los tiempos es el que les dará individualidad propia a los ciudadanos, e historia y glorias a su patria.

El tipo de conquista que con más interés debemos estudiar, es el de una potencia civilizada, sobre pueblos que abandonaron la vida nómade, que tienen arraigo a la tierra, porque la cultivan

y la explotan; que viven agrupados en centros de población estables, y que están sujetos a autoridades, con una verdadera organización civil y religiosa. Este tipo corresponde a nuestra Patria Azteca y a pueblos europeos que vamos a estudiar, para establecer comparaciones y deducir consecuencias.

Las naciones americanas que poblaron el actual territorio mexicano, desde el paralelo del grado 21, hacia el Sur, fueron pueblos que vivían en los albores de una verdadera civilización. Establecidos permanentemente en ciudades y poblaciones, constituían grupos sociales que formaban pequeñas naciones, regidas por monarcas o caciques, tributarios y vasallos en su gran mayoría, de un pueblo más audaz, más guerrero y más poderoso, que en épicas luchas había extendido sus conquistas hasta más allá de los actuales confines de nuestra patria. La nacionalidad azteca, dominante y cada una de las nacionalidades feudatarias, se regían por leyes propias, reconocían autoridades y tenían monarcas y dinastías. Observaban religiones más o menos elevadas, veneraban dioses, que formaban en su conjunto, mitologías pintorescas; reconocían una jerarquía sacerdotal encargada del culto, con ritos y ceremonias particulares para cada divinidad. La carencia en América de animales comestibles o de trabajo, que fueran fácilmente domesticables, obligaba a los aborígenes a una tarea intensa para el cultivo de la tierra, más penosa todavía, por no haber utilizado el hierro en armas y utensilios. Poseían conocimientos en las ciencias, notables algunos, como lo muestran sus calendarios y rudimentarios los otros. Habían formado un arte autóctono de brillante fantasía, lleno de estilizaciones, de simbolismo y de colores, que no solo se limitaba a las pequeñas industrias cerámicas y escultóricas de otros pueblos, sino que se alzaba hasta la construcción de palacios y de pirámides, cuya mole sorprende a los que nacimos en el siglo de las máquinas y de las fuerzas motrices.

En sus costumbres y en su cultura tenían aberraciones; pero ostentaban virtudes. Eran honestos, frugales, resistentes y constantes en el trabajo, valientes y estoicos; pero al mismo tiempo eran sanguinarios y crueles, con sacrificios humanos para el culto de sus dioses, de tal manera absurdos, que empequeñecían sus virtudes. Para establecer un paralelismo con las civilizaciones

primitivas del Antiguo Mundo, debe tenerse presente el detalle fundamental de su carencia de animales de trabajo y del enorme auxiliar del hierro, que da superioridad absoluta a cualquier pueblo que disfrute de ambos beneficios.

Las naciones tolteca, azteca, maya, zapoteca, tarasca, totonaca, etc., que formaron el conglomerado vital de nuestra vieja patria, pueden figurar dignamente al lado de asirios y caldeos, de fenicios y cartagineses, de egipcios y de persas, si se remonta la comparación al principio de aquellas nacionalidades. El majestuoso templo de Quetzalcóatl en Teotihuacán, con la severidad de las pirámides; los palacios y templos de Mitla, de Palenque, de Uxmal, de Chichen-Itzá, las pirámides de Xochicalco y de Papantla, sostienen comparación airosa con los primeros monumentos de aquellos viejos imperios, en los que cifra el orgullo de su abolengo, la humanidad actual. La horrible fealdad de los ídolos mexicanos, que tanto escuece al Sr. Lic. Diego Fernández, no era mayor que la de las primitivas representaciones de los budas indios y chinos, de las Astartés fenicias o de las divinidades del viejo Egipto.

Si enfrentados los pueblos mexicanos con desaparecidos imperios orientales, la comparación les pudiera resultar desfavorable, tomarían amplio desquite al sostener su personalidad frente a las arcaicas tribus europeas, origen y tronco de las más cultas naciones modernas. Los eslavos, germanos, britanos, celtas, iberos y galos, no dejaron como huella de su asiento en las llanuras europeas, a pesar de su hierro y sus corceles, la magnificencia de Chichen-Itzá, el maravilloso dibujo del códice Borgiano, ni la sabia concepción del calendario azteca.

Descendientes los españoles, nuestros civilizadores y fundadores del México moderno, tan admirados por mi docto amigo y los supra-cultos franceses, de aquellos pueblos primitivos, paso a examinar la fuerza de su individualidad y su influencia en las dos Potencias del presente, para deducir conclusiones apropiadas, fundadas en la Historia, en la Etnografía y en los hechos.

El territorio de la Francia y de la España actuales, estuvo ocupado varios siglos antes de Cristo, por un hacinamiento de tribus, sin unidad de raza, ni de idioma y sin el menor asomo de

unidad política, que habitaban en los campos con una vida casi nómada, pues eran contados los poblados y casi ningunas las ciudades. Su organización cívica y social era totalmente rudimentaria. Una casta privilegiada por su fuerza en la guerra, formaba una aristocracia que pesaba brutalmente sobre la gran masa de la población restante, obligada a una servidumbre que tocaba los lindes de la esclavitud. No existía la propiedad individual para los proletarios; eran incipientes los cultivos agrícolas, porque sobraba la carne animal para el sustento y casi nulas las industrias. El despotismo de la aristocracia se atenuaba solamente por la sugestión que ejercían los druidas, sacerdotes y hechiceros, sobre la supersticiosa masa total de la población.

Tomo del ilustre historiador francés Guizot, el siguiente párrafo que retrata admirablemente a aquellos pueblos, y que aleja de mí la sospecha de algún prejuicio.

"Kimris, Galls o Iberos eran a corta diferencia, igualmente ignorantes, faltos de previsión, entregados por completo a la movilidad de sus ideas, arrastrados por sus pasiones, ávidos de guerra, de ociosidad, de saqueo, de festines y de groseros y feroces placeres. Tenían todos a gloria colgar del pretal de sus caballos o clavar en las puertas de sus casas, las cabelleras de sus enemigos; inmolaban a sus dioses víctimas humanas; quemaban o mataban a sus prisioneros atándolos a un árbol; gustábalos colocar en su cabeza, brazos y dibujar sobre su cuerpo extravagantes adornos, que les daban un aspecto feroz, era general en ellos el uso desenfrenado del vino y de los licores fuertes "

Estas son las características de aquellas viejas tribus europeas que nos hacen recordar a nuestros apaches y comanches fronterizos, y sin embargo fueron el tronco madre de la ilustre Francia, antorcha que iluminó las inteligencias tan brillantemente en el siglo pasado, en el siglo de las luces, y tronco también de la heroica España.

Sobre aquellos pueblos galos y celtíberos, después de dominaciones pasajeras y locales de griegos, fenicios y cartagineses, extendió su poder gigantesco el maravilloso Imperio Romano, foco de civilización, de sabiduría y de grandeza. La conquista y colonización romana produjo una asimilación del indígena más

completa y más intensa, que la española en nuestras regiones, pues al expirar el ciclo de aquella dependencia, las tribus aborígenes habían perdido totalmente su lengua materna, a tal grado que ha sido imposible a los lingüistas, encontrar huellas del ibero primitivo, lo mismo que se perdió gran mayoría de los idiomas de las otras tribus. Las colonias galo-romanas e hispano-romanas adoptaron la lengua latina totalmente, las costumbres y las leyes del poderoso Imperio, lo mismo que su religión y sus diidades. Hubo allí, como entre nosotros una conquista sangrienta y cruel; hubo mezcla de razas y hubo como resultado final la formación de una nacionalidad latina, descendiente directa de la madre Roma.

Más sabios en su política los romanos anteriores a la Era Cristiana, que los españoles de la Edad Moderna, y más amplios en el reconocimiento de los derechos de los países vencidos, otorgaban liberalmente la prerrogativa de ciudadanía a los nativos de las colonias filiales, llegando la alteza de sus ideas hasta permitir, con aplauso, que la púrpura imperial fuera ceñida por los ilustres ibero-latinos Trajano y Teodosio y por los galo-romanos Antonino y Claudio. En la Hispania nacieron los Séneca, Lucano, Quintiliano y muchos ciudadanos más, que dieron brillo a las ciencias y a las letras, colocando su nombre en la plana de honor de la humanidad.

De aquella compenetración de pueblos bárbaros, de cultura inferior a los nuestros, con la magna civilización del poderoso Imperio, brotaron a la vida civilizada dos naciones latinas, a las que el futuro tenía reservado un alto designio, que surgían plenas de juventud, con vigorosa individualidad propia y suficientemente fuertes para absorber y asimilarse a las naciones bárbaras que llegarían tratando de sustituir a la Potencia que expiraba. Los francos pudieron dejar su nombre en la Galia; pero los godos solo un recuerdo histórico dejaron en la Hispania.

Han transcurrido mil quinientos años desde que terminó la dominación romana, y los idiomas español y francés siguen siendo latinos. La civilización que Francia, especialmente llevó a la cúspide, se desarrolló sobre las bases de la cultura romana. La religión de ambos países sigue siendo el cristianismo propagado desde sus catacúmbas por la Roma de los santos Pedro y Pablo,

de apóstoles y de mártires, y el carácter, las costumbres y la idiosincrasia de ambos pueblos sigue siendo la resultante de una mezcla de la inteligencia y sabiduría latina, con el vigor bélico de galos y francos, de iberos y godos. Y sin embargo, a pesar de que la Francia y la España actuales son hijas directas, herederas indiscutibles y brote natural del más glorioso Imperio que ha visto el mundo, España y Francia se enorgullecen llamándose Iberia y Galia y sintiéndose descendientes de aquellos bárbaros, que colgaban en el pretal de sus caballos y clavaban en las puertas de sus casas las cabelleras de sus enemigos. España rinde culto entusiasta a esos hombres, rudos y primitivos, que murieron heroicamente defendiendo los muros de Sagunto, de ataques cartagineses y a la invencible Numancia del empuje de las legiones romanas y considera a su héroe máximo del pasado y el representante más genuino de la raza española al lusitano Viriato; así como Francia eleva monumentos en bronce y mármol al terrible galo Vercingetórix para avivar y conservar el sentimiento del deber y del patriotismo entre las nuevas generaciones. Ni la España ni la Francia modernas consideran suyos a los que sojuzgaron a sus ancestros en campañas y en victorias. A Francia le cupo la suerte de que su conquistador y fundador de su nacionanidad como país latino, fuera uno de los hombres más ilustres que ha producido la humanidad, Julio César; pero los franceses no se enorgullecen con sus hazañas y dejan a Roma la tarea de elevarle estatuas. España tampoco considera héroe suyo a Scipión, ni a cónsules y pretores que mandaban los ejércitos del invasor, y ni siquiera se envanecen con la gloria de emperadores y filósofos que nacieron en su suelo; pero que vivieron dando brillo a la nación opresora.

El notable historiador español don Modesto la Fuente, en el discurso preliminar de su historia de España, interpreta correctamente el sentimiento nacional de su patria, en los siguientes párrafos: "Los iberos y los celtas son los creadores del fondo del carácter español ¿quién no ve revelarse este mismo genio en todas las épocas, desde Sagunto hasta Zaragoza, desde Aníbal hasta Napoleón? ¡pueblo singular (el español actual). En cualquier tiempo que el historiador le estudie, encuentra en él, el carácter primitivo, creado allá en los tiempos que se escapan a

su cronología histórica” y refiriéndose al héroe celtíbero, dice: “Viriato, ese tipo de guerreros sin escuela que tan fecundo ha sido siempre en el suelo español, que de pastores o bandidos llegan a hacerse prácticos y consumados generales, Viriato derrota cuantos pretores y cónsules y cuantas legiones envía Roma contra él! Pero los españoles en vez de agruparse en derredor de la bandera de tan intrépido jefe, permanecen divididos y Viriato pelea aislado con sus bandas.”

Más explícita no puede ser la concepción que los españoles modernos tienen de su cuna, de sus ancestros, de su patria y de sus héroes. El origen de su nacionalidad, de su carácter, de sus virtudes y de su gloria lo remontan hasta aquellos arcáicos tiempos en que el celta y el ibero, nómades y libres, inmolaban víctimas humanas en los altares de sus deidades. La dominación cartaginesa, la dominación romana, a pesar de su obra creadora, civilizadora y constructiva, la juzgan sólo como un simple accidente en la milenaria historia de la patria ibera, accidente que produjo transformación intensa; pero que no destruyó el alma nacional nacida allá, cuando el primer clan de salvajes sentó sus plantas en las vírgenes tierras de la Hispania, en los tiempos que escapaban a su cronología histórica.

Si aquellos pueblos glorifican a sus héroes bárbaros y sanguinarios, si aquellos pueblos cifran su orgullo en su descendencia de razas primitivas, muy inferiores en cultura a las nuestras ¿por qué un mexicano inteligente e ilustrado, pretende que el moderno pueblo mexicano, no se sienta orgulloso al contemplar la majestad de las pirámides levantadas por sus ancestros para rendir culto al poético Quetzalcóatl o al sanguinario Huitzilopochtli? ¿por qué se pretende que olvidemos las glorias de conquistadores como Axayácatl o Ilhuicamina, que extendieron el poderío azteca, la raza, la civilización, la patria, hasta más allá de los confines actuales de nuestro país? ¿por qué se pide que lleguemos a la aberración de renegar de nuestros progenitores porque era cobriza la color de su tez y que consideremos cursi, ridículo y feo ese arte vernáculo, que nos ha colocado entre los primeros pueblos del pasado y que será manantial inagotable de inspiración para los artistas modernos por la maravillosa fantasía de sus figuras y de sus colores?

Viriato y Vercingetórix serán siempre los representantes del heroísmo español y francés, defendiendo y muriendo por la independencia de la patria bárbara, cuando poderosa nación civilizada pretendió subyugarla y abatirla. Cuitláhuac y Cuauhtémoc, son y serán siempre el emblema del vigor, del honor y del deber mexicano al intentar rechazar al extranjero que invade el territorio sagrado de la patria; pero ni la Francia, ni la España, ni la República Mexicana, considerarán jamás como héroe propio a Julio César a pesar de su grandeza, ni a Publio Cornelio Scipión a pesar de su magnanimidad ni a Hernando Cortez a pesar de su audacia y su valor. La desunión nacional en que hemos vivido siempre, ha pretendido desviar la corriente natural de los afectos instintivos de nuestra nacionalidad hacia artificiosas concepciones de patria, sin que jamás haya podido conseguir un latido de entusiasmo en nuestros corazones por glorias y héroes que no son nuestros.

Si desde el punto de vista histórico, considero tan inconsistente la tesis del señor licenciado Salvador Diego Fernández, desde el punto de vista geográfico y étnico, me parece sorprendente que haya quien pueda poner en duda la herencia india tan profunda, tan intensa, tan decisiva, que lleva la nación mexicana, y sólo me explico la aseveración negativa de la memoria que comento, como una muestra del efecto que un prejuicio puede llevar en una inteligencia clara y culta. Negar el ambiente geográfico indígena de nuestro país, cuando la patria ostenta orgullosa el nombre del dios azteca Mexitli, cuando de los veintiocho Estados de la Federación, sólo seis tienen nombre impuesto por los conquistadores y tres el de héroes de la Independencia, teniendo los diez y nueve restantes un nombre que recuerda un hecho, una comarca o una nación aborígen; cuando a la majestuosa montaña que se corona con penacho de humo la llamamos Popocatepetl, al blanco sudario que cubre la mujer dormida Iztacchuatl; y a la pompa florida de nuestras chinampas, Xochimilco (1); cuando en el Valle de México, corazón, cerebro y centro de la patria, solamente Guadalupe, San Ángel y algún otro pue-

(1) popoca, humeante; tépetl, cerro; iztac, blanco; cihuatl, mujer; xóchitl, flor; milli, campo cultivado; co, en.

blo más tienen nombre español, pues desde la capital de la República hasta el menor accidente geográfico, conservan el nombre descriptivo que les puso el indio, sorprende verdaderamente que se diga "Nuestro México es radicalmente distinto del México indio, por todos conceptos, principiando por el geográfico", como textualmente lo asevera el autor de la memoria. Si nuestro rey poeta Netzahualcóyotl pudiera ahora recorrer el dilatado territorio de sus antepasados, lo haría sin vacilaciones en su ruta, pues los jalones del camino le marcarían el mismo nombre nahua que les dio su tribu y sólo sentiría profunda satisfacción al ver la fuerza vital de su raza, perdurando a través de los siglos y sosteniendo su primacía en las denominaciones geográficas sobre los nombres que nación civilizada pretendió imponer.

Inútil me parece alargar más esta memoria tratando de refutar la inconcebible y total negación de nuestra herencia azteca, hasta en la composición étnica y en las costumbres de la nación mexicana actual. Basta sólo ver la tez morena del noventa y cinco por ciento de nuestros conciudadanos, para comprender que llevan en sus venas aquella sangre que corría a torrentes en las epopeyas guerreras de las viejas tribus o en los cruentos sacrificios a feroces deidades. Y basta alejarse un poco de las grandes ciudades para encontrar un ambiente neta y exclusivamente indígena, con toda su pureza, con las chozas, la indumentaria y las costumbres intactas de nuestros antepasados.

Respecto a las costumbres, nosotros los que nos llamamos civilizados, los que nos consideramos criollos o mestizos, porque llevamos sangre hispana y porque conocemos las tradiciones y las glorias de nuestros conquistadores, tenemos todavía en nuestra mesa diaria la humilde tortilla de maíz, las salsas de chile, los frijoles indispensables para cerrar nuestras comidas, y celebramos nuestras fiestas con el mole del huaxólotl y con los tamales y el atole azteca.

La música, esa manifestación del alma en la que se refleja el temperamento y las pasiones de los pueblos, tiene en nuestra patria el ritmo melancólico que corresponde al temperamento del indio, transportado al moderno pueblo mexicano por ancestral atavismo. Para exaltar el amor a la patria y despertar el valor estoico que heredamos de nuestros antepasados, así como

para reconfortar y dar expansión a nuestros espíritus, entonamos aquellas melodías llenas de tristeza, que constituyen la música vernácula y lo mismo en los campamentos guerreros, que en los atardeceres poéticos, al compás del remo, en los canales chinampinos, se eleva la plegaria de la "Adelita" o de la "Valentina", reminiscencias del canto plañidero del sacerdote en el teocali, o de los bailes rituales al compás del huéhuetl y del tepoztlahuatl (1). Trescientos años perduró la dominación hispana, pero a pesar de los siglos la alegría de la jota andaluza con su repiqueteo de castañuelas, las peteneras y las canciones rimadas con la risa de las pauderetas, no pudieron penetrar al alma popular, que sigue llorando cuando canta.

Como se ve de ninguna manera he tratado de denigrar a la nación española. Los nahoas, como los galos y los iberos, sufrieron en su vida secular la accidental intromisión de una raza distinta. Como los galos y los iberos, tomaron de ella el idioma, la religión y la cultura, alterando su vida tan profundamente que se transformaron en pueblos totalmente distintos del tronco primitivo; pero el alma nacional no desapareció. Aquellos países como los indo-españoles, aprovecharon la primera manifestación del debilitamiento de sus dominadores, para hacerse independientes y para reanudar la vida libre de su pueblo, fundada en las tradiciones y en el amor a la raza de su origen. Españoles y franceses modernos, respetan a la nación que los civilizó; le agradecen indudablemente, todo lo bueno que de ella recibieron; se consideran como un brote de aquel vigoroso tronco; pero el amor, el arraigo y la veneración, son para el pueblo madre que formó su cuna.

Nosotros los mexicanos que nos consideramos ilustrados, sentimos respeto por España, admiramos sus proezas, comprendemos y agradecemos los beneficios que de ella recibimos; pero no nos consideramos, ni nos consideraremos jamás, como espa-

(1) En el mismo número del boletín de nuestra Sociedad, en que se publicó el trabajo que comento, apareció una magnífica memoria del señor Dr. Miguel Galindo, titulada "El Alma de la Raza", que considero un estudio profundo, bello e imparcial del temperamento del pueblo mexicano actual, fruto de herencias indias e hispanas. Especialmente recomiendo su lectura.

ñoles. Las glorias de Ruy Díaz de Vivar o las del rey Pelayo nos son tan extrañas, como nos pueden ser las de Carlo Magno o las de Pedro el Grande de Rusia.

La nación española fue heroica y es digna del respeto universal por la enorme labor que el destino le entregó y que supo cumplir con toda la abnegación y con toda la virilidad de que son capaces sus hijos; pero ese mismo destino fue enormemente cruel para ella. La historia de España, nos demuestra el fracaso total del estribillo que constantemente escuchamos, "Las Naciones tienen los Gobiernos que se merecen." La España del Renacimiento, que produjo navegantes y exploradores de la talla de los Pinzones, Sebastián El Cano y Vasco Núñez de Balboa; conquistadores del temple de Cortés y de Pizarro; misioneros tan llenos de caridad evangélica, como fray Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga y fray Toribio de Benavente, que nos recuerdan a los primeros apóstoles del cristianismo, y posteriormente, artistas y escritores como Velázquez y Murillo, Cervantes y Lope de Vega; no mereció indudablemente, los gobiernos de reyes como Carlos V, extranjero en su política; Felipe II que inició la decadencia de su reino por un torpe fanatismo, para descender después hasta Carlos II el Hechizado y mancharse con la abyección de Carlos IV y Fernando VII, quienes por viles pasiones y ruines intrigas palaciegas, llegaron hasta hacer entrega de su patria y de sus vasallos a extranjera soberanía.

El desastroso Gobierno de la Metrópoli, tenía que dar pésimos frutos en las Colonias. El exclusivismo, la intransigencia y el desprecio con que se trató siempre a los nativos, no fueron los mejores medios de hacer agradable el recuerdo de los tres siglos coloniales y de hacer queridos a quienes alardeaban de ser los amos y los señores. Esta misma política despectiva siguió presidiendo las relaciones de la llamada Madre Patria con la joven República Mexicana, y de todos nosotros es conocida la altanería, el despotismo y la humillación con que fuimos tratados, desde que se reanudaron las relaciones diplomáticas, hasta que el cadalso de las Campanas, mostró al mundo que México era una nación capaz de defender su independencia, sus derechos y su soberanía. Dos veces los ejércitos españoles invadieron nuestro suelo, y múltiples fueron las manifestaciones agre-

sivas con la presencia de buques guerreros en nuestros puertos y con notas amenazadoras, para apoyar reclamaciones discutibles y hasta bochornosas para quien las formulaba.

El México de 1929, efectivamente, nada tiene que temer de la España actual; pero sí, mucho que olvidar para llegar a convencerse de que tenemos y tuvimos en ella una madre amorosa, como la denomina el Lic. Fernández.

En su segundo artículo titulado "El Progreso material en Nueva España" nuestro estimado consocio, eleva un panegírico a la obra constructiva de la Metrópoli en las tierras aztecas, y nos enumera las ciudades, las minas, las fincas agrícolas, los templos y monasterios, los hospitales y escuelas fundadas por los conquistadores; obras todas meritorias y dignas de nuestro reconocimiento y alabanza tan entusiasta como la que le tributa el autor, si no fuera porque olvidó dos factores importantísimos y decisivos: la riqueza magna de la Colonia, que pagaba ampliamente el importe de estas obras; con sobrantes bastantes para auxiliar periódicamente a la Metrópoli, y el lento transcurso de trescientos años, que es tiempo suficiente y sobrado para llenar de templos y de villas un país, el primero en el mundo por su producción de plata, país que contaba, además, con millones de siervos, deprimidos y expoliados, que prestaban forzado contingente de trabajo gratuito.

Pocas naciones, efectivamente, están mas necesitadas de unión y de armonía, que la nuestra; pero para llegar a este ideal, es enteramente errado el camino de humillar más al aborigen, a nuestro indio, que todavía ahora es el paria expoliado y abatido en la tierra de sus antepasados, para ensalzar al amo secular representado en tiempos pretéritos por el encomendero y en épocas recientes por los explotadores de la ignorancia y de la pobreza. La unión nacional tiene que estar basada en el amor de quienes nos consideramos entre las clases directoras, como intelectuales, capitalistas, o propietarios, hacia el indígena, descalzo y misérrimo. El vigor de la patria en el futuro, tiene que venir de la asimilación por las clases civilizadas, de ese ochenta por ciento de nuestros conciudadanos que vegetan en el analfabetismo y en la miseria, pero que son mexicanos, porque traen en sus venas la sangre indígena y no en extranjeros que nos des-

precian y nos denigran. De ellos esperamos fraternidad, colaboración, enseñanza y capitales, elementos todos indispensables para nuestro desarrollo material; pero no el germen vital que forma el alma, la vida y la sangre de una patria.

Termino este pequeño trabajo con el mismo llamamiento a la armonía nacional, que hace mi querido amigo, en la frase final de su memoria: "Los mexicanos debemos procurar que en nuestra patria las diferencias desaparezcan para unirnos todos, como están unidos los colores de nuestra bandera!" Laboremos, pues, en esta obra de unión y de cariño entre los miembros de la gran familia mexicana, para que el ochenta por ciento de nuestros conciudadanos, indios y meztizos proletarios, se unan y compenetren a nosotros, los que nos sentimos orgullosos de tener la cultura, las costumbres y los ideales cosmopolitas de la civilización moderna.

México, 5 de marzo de 1929.

